

El hombre verdaderamente libre, es más valioso que el diamante. Porque el hombre ha despertado, y el fuego ha huido de su cárcel de ceniza para quemar el mundo donde estuvo la tristeza.

Manuel Scorza

Detrás de la bebida de mayor consumo en la Argentina, hay 400 años de explotación "originaria" en los yerbales misioneros. En tensión histórica, la economía política de esta infusión heredada de los guaraníes marca una huella que es preciso desandar para entender los graves pendientes que encierra nuestro mejor vicio.

Mate en jaque

texto

Javier Gortari

fóto

Martín Weber

La producción y consumo de yerba mate contribuyeron –por momentos con preponderancia decisiva– al desarrollo regional de los estados del sur brasileño, el noreste argentino y de Paraguay. Junto a la explotación de la mano de obra indígena, fue la principal fuente de riqueza que encontraron los conquistadores en la Cuenca del Plata. La fiebre del oro prometida hasta en los cimientos de la fabulada ciudad de El Dorado se trocó por la del "oro verde" de los tupidos yerbales de la selva paranaense y contagió por igual a españoles, portugueses, jesuitas y criollos. Y arrasó, tan letal como las epidemias de las otras pestes europeas, con la población nativa. Para ésta, el brebaje estimulante de la caá con que Tupá bendijo a los hijos de estas tierras, se tornó así en la más cruel maldición cristiana: los conquistadores incorporaron el hábito de consumir la infusión y lo difundieron por todo el Virreinato del Perú, llegando a través de las tripulaciones marinas, hasta Panamá y otros puertos del Pacífico español-americano. La explotación yerbatera se volvió un comercio floreciente. La servidumbre de la mano de obra indígena fue la clave del negocio.

La aniquilación progresiva de las comunidades guaraníes y de los yerbales sometidos a la depredación salvaje de la ambición "civilizadora", encontraron freno en la evangelización jesuítica, que posibilitó la reorganización social de la población guaraní en las reducciones. Los misioneros adoptaron el lenguaje nativo y desarrollaron el cultivo de yerbales en las tierras aldeañas a los pueblos, protegiendo a los indios

de bandeirantes portugueses y encomenderos españoles ávidos de mano de obra esclava. Incursionaron también con claro suceso en el negocio yerbatero, al amparo de la concesión de su graciosa majestad, sensibilizada por los succulentos tributos con que la economía de las misiones contribuía a la real hacienda.

La posterior expulsión de los jesuitas al cabo de casi dos siglos (1609-1768), trastocó el orden social fundado en las misiones y marcó el reinicio de la expoliación de la mano de obra nativa y de los yerbales. No se volvió a plantar yerba, perdiéndose también los rastros del "tesoro jesuita" máspreciado de la región: la técnica de germinación en vivero de la yerba mate. Tanto la "desocupación" como los altos "niveles" de pobreza e indigencia - cuando no la vuelta al esquema de servidumbre -motivaron un éxodo sostenido hacia las regiones de vaquerías situadas más al sur. De casi 90 mil habitantes de los 30 pueblos de las misiones registrados en 1768, quedaban poco más de 40 mil en 1809. En los pueblos de la actual provincia de Misiones se pasó de 42 mil almas en la fecha de expulsión jesuítica a 16 mil al cabo de los cuarenta años que siguieron.

La independencia americana pretendió la libertad de los naturales de la región. Así lo estableció el general Belgrano a su paso por las Misiones (1810-1811), decretando también la prohibición de cortar los árboles de yerba mate. Sin embargo la conflictividad política no hizo posible cumplir con reglamentación alguna. Las disputas por el control de la Mesopotamia, y la derrota definitiva (1819-1820) del proyecto artiguista y de su principal comandante en las Misiones, Andrés Guacurarí, agudizaron la diáspora poblacional. Y dejaron al régimen paraguayo de Rodríguez de Francia el virtual monopolio de la producción de yerba mate y el control político-administrativo de ambas orillas del Paraná en el actual territorio de Misiones. Marcó también - al amparo de las dificultades político-comerciales entre Asunción y Buenos Aires- el comienzo de la explotación de los yerbales del sur de Brasil con destino a los mercados del Río de la Plata, haciendo de esta actividad la más significativa en términos de acumulación de capital hasta entrado el siglo XIX en esa región.

En el marco de la guerra de las Provincias Unidas del Río de la Plata con Brasil (1826-28), el gobernador correntino Pedro Ferré ordenó en 1827 la ocupación militar de las Misiones. La anexión a Corrientes y el consecuente despojo y éxodo de la población local se prolongó por más de 50 años. En 1881, el Congreso Nacional fijó el límite norte de la actual provincia correntina y federalizó el Territorio Nacional de Misiones. Unos meses antes la Legislatura de Corrientes autorizó a enajenar todas las tierras fiscales de Misiones: se vendieron así 18.750 kilóme-



tros cuadrados -casi dos millones de hectáreas- a unos pocos propietarios privados, dejando instalada la estructura latifundista que permanece hasta hoy, y que convive junto a una gran cantidad de explotaciones familiares producto de la colonización posterior. El Poder Ejecutivo Nacional designó como primer gobernador del Territorio al coronel Rudecindo Roca -hermano del entonces presidente de la Nación-. Y catorce años después, por laudo internacional de 1895 -arbitraje del presidente de Estados Unidos Grover Cleveland-, quedaron establecidas las definitivas fronteras políticas de Misiones en sus actuales 30 mil km², equivalente a los territorios en disputa adjudicados a Brasil. La población de entonces era del orden de los 30 mil habitantes.

El fin de la guerra a Paraguay (1865-1870), reactivó las perspectivas de lucro yerbatero en la región de la triple frontera. Los yerbales de Paraguay, cuya explotación se había mantenido controlada por el Estado y asentada en la población campesina, pasaron a manos de grandes compañías (Industrial Paraguaya). Lo mismo ocurrió en los territorios conquistados por Brasil (Mate Larangeira). Y a partir de ellas se generó un mercado de mano de obra cuasi esclava: los mensúes. Paraguayos, brasileros, correntinos y misioneros, eran contratados "por mes" y encadenados de por vida a la más leonina explotación laboral y humana avalada por un contrato legal que establecía un adelanto para los primeros gastos y el compromiso a devolver con trabajo ese primer anticipo. Sobre la

base de ese contrato el patrón era dueño y señor de vida, familia, manutención y explotación laboral de ese mensú en los campamentos del Alto Paraná, donde los capangas -con la complicidad manifiesta de funcionarios y policía- imponían su ley a sangre y fuego y emitían la única moneda que circulaba en los yerbales: los vales canjeables por mercadería en las propias proveedurías del campamento.

A comienzos del siglo XX la producción nacional de los yerbales silvestres languidecía y el consumo argentino se sustentaba en la importación desde el Brasil. Luego de años de ensayos se lograron las primeras plantaciones en Misiones y en la segunda década del siglo pasado dio inicio un vigoroso proceso de colonización por el que se entregaban chacras en tierras fiscales a inmigrantes centroeuropeos, con la condición de plantar yerba en un porcentaje de la superficie asignada. La producción de cultivo creció a ritmo acelerado y se llegó a mitad de la década del treinta con una capacidad de producción que entró en abierto conflicto con los intereses brasileros y argentinos vinculados a la importación. Ante esa situación y en el marco de la salvaguarda del intercambio comercial trigo por yerba mate, se creó la Comisión Reguladora de la Yerba Mate (CRYM, 1936). Así como en la negociación Roca-Runciman se privilegió a los frigoríficos ingleses y a los grandes ganaderos pampeanos, la CRYM sirvió para hacer prevalecer los intereses de los exportadores de trigo a Brasil -que en reciprocidad exigió mantener las compras argentinas de yerba

Los indígenas sometidos al régimen jesuítico fueron culturalmente vaciados. De entrada hubo de extirparse el meollo cultural: los rituales y las ceremonias, el fundamento mítico, las creencias. Después, ya fue más fácil desmantelar a las otras formas.
Ticio Escobar (La belleza de los otros)

mate-, por sobre los de los productores misioneros, con capacidad para sustituir por completo la importación brasileña del producto.

La crisis de "sobreproducción" que se generó provocó el lógico malestar de los colonos a los que el Estado Nacional indujo a la producción yerbatera, trayendo a la palestra social un nuevo actor al que el capitalismo industrial y comercial incorporó como sujeto de explotación: los pequeños productores. Las restricciones impuestas motivaron una manifestación en la ciudad de Oberá en marzo de 1936, donde confluyeron las familias de colonos rusos, ucranianos, polacos, siendo ferozmente reprimidos por la policía local. La lucha por el precio de la producción primaria, la organización de pequeños y medianos productores que la misma provocaría, y la persecución política-policial que generó en consonancia, tuvieron en la Masacre de Oberá un hito fundante. Cuarenta años después, durante la última dictadura militar, los hijos de los reprimidos en Oberá organizados en el Movimiento Agrario de Misiones (MAM), inscriptos en las reivindicaciones que llevaron adelante las ligas agrarias de Chaco, Formosa y Corrientes, sufrieron destierro, cárcel, tortura y muerte por las mismas razones.

La CRYM junto al Mercado Consignatario, posibilitaron atemperar el avance del capital sobre la producción primaria. Con los cupos de cosecha y la autorización de nuevas plantaciones se regulaba la oferta de corto y mediano plazo. A través de la fijación de un precio referencial sostenido por el Estado, se garantizaba la colocación del producto primario con algún margen excedentario para el productor promedio, lo que le permitía capitalizarse, contratar mano de obra, elevar la calidad de vida en las chacras y contribuir decisivamente al desarrollo social y económico de las colonias y los centros urbanos de influencia. Ello no impidió la concentración económica en la etapa industrial-comercial y la configuración de un oligopolio yerbatero en el que 10 empresas líderes concentraron más del 80% de la distribución del producto final.

Esta organización social de la economía yerbatera que la convirtió en la industria "madre" de Misiones, se consolidó a partir de la provincialización (1953) y logró sobrevivir a golpes militares, cambios políticos y al terrorismo de Estado de la última dictadura. Su estructura socioeconómica piramidal "con derrame", resistió también durante la presidencia de Raúl Alfonsín, los embates del plan Ñande Yerba con que el gobernador Barrios Arrechea procuró –en alianza con el sector cooperativo– avanzar sobre el oligopolio industrial comercial.

Esta osadía de pretender entrometerse con los negocios de los "dueños" de la yerba, le costó al radicalismo el gobierno provincial (1987) y jamás desde entonces pudo volver a administrar el territorio misionero. Sirvió en cambio para entronizar en la "Rosadita" de Posadas, a partir de un segundo gobierno peronista (1991), a un conspicuo representante de los capangas de los yerbales: el ingeniero Ramón Puerta. Ese mismo año, el decreto desregulador del presidente Menem y su ministro Cavallo, avalado por las principales empresas yerbateras, incluyó la desarticulación de la CRYM. Cinco años después los precios cayeron en picada: el kilo de hoja verde que al comienzo de la desregulación se pagaba \$0,20, cinco años después estaba en la mitad y en plena crisis del 2000 y 2001 llegó a pagarse \$0,02 deducidos los gastos de cosecha y flete. Sin embargo el precio del producto en góndola se mantuvo durante la convertibilidad en el orden de los \$2. Calculando que 3 kilos de hoja verde hacen uno de yerba seca y molida, el productor primario pasó de una participación del 30% en el valor del producto final, a tener que conformarse con el 3% diez años después.

La situación explotó en junio del 2001. Sorteando retenes policiales, obstáculos viales y onerosos peajes, confluyeron en la plaza central de Posadas cientos de productores y trabajadores rurales. Durante 50 días ocuparon la plaza, clausuraron entradas y salidas de vehículos de la casa de gobierno. Finalmente fueron recibidos por el gobernador, legisladores nacionales e industriales, llegando a un acuerdo tras mucho regateo de \$0,13 por kilo

Progresión morfológica: estudio de forma de la calabaza para proyectar Mateo (2009), el mate de siliconas que permite expulsar la yerba, de Cherny-DeMarco.



No estamos ante un hecho inédito. No elegimos un modelo de estatización sino de recuperación de soberanía.

Cristina Fernández de Kirchner

Todo hacer es un recomenzar, después de muchos siglos, de lo que millares de veces ya ocurrió, amasándose el hombre y el mundo sin usar levaduras.

Ezequiel Martínez Estrada

de hoja verde. Si bien en términos económicos la cuestión siguió prácticamente igual por la imposibilidad fáctica y la poca voluntad gubernamental de ejercer el control, el hecho tuvo una significativa repercusión social y política, que terminaría con la aprobación en el Congreso Nacional de la ley creadora del Instituto Nacional de la Yerba Mate (INYM).

El INYM comenzó a funcionar en 2002, con facultad para establecer el precio de la materia prima cada seis meses, con el acuerdo unánime del Directorio integrado por representantes de la industria (2), las cooperativas (2), los secaderos (1), los productores (3), los trabajadores rurales (1), y tres (3) delegados gubernamentales (de Nación, de Misiones y de Corrientes).

Tuvo un impacto inmediato en el incremento sustantivo de los ingresos al sector primario, que hacia 2006 volvió a alcanzar una participación del 30% en el valor del producto final. La falta de mecanismos y decisión para garantizar los acuerdos de precios, provocó en 2007 la reiteración de un tractorazo yerbatero.

La "elusión" del precio resulta crítica para los obreros temporales encargados de la cosecha (tareferos), la mayoría no registrados, deteriorando sus ya de por sí precarios ingresos y las condiciones de vida y de trabajo. En la relación capitalista de extracción de excedente por parte de los industriales a los productores, estos asumen el rol de "capitalista menor" con medios de producción propios, propiedad de la tierra, trabajo familiar y contratación precaria y estacional de mano de obra para las tareas culturales y de cosecha. Si la relación con los acopiadores los obligaba a su propia autoexplotación familiar, obviamente la hacen extensiva al personal contratado. En plena vigencia de la concertación de la CRYM, esta mano de obra rural continuó trabajando en negro, con jornales de miseria, en campamentos improvisados, transportada como hacienda de un yerbal a otro, con sus mujeres y niños para sumar al final de la jornada unos kilos más en las tramposas balanzas, sin seguro social ni de salud ni por supuesto escuelas. La precarización se agravó por la desregulación, que

sumergió por debajo de la línea de pobreza a la clase media productora e hizo saltar a niveles históricos indicadores provinciales de desnutrición, mortalidad infantil, analfabetismo y deserción escolar. Acompañaron entonces a los productores en su resistencia a la barbarie neoliberal, lograron un espacio en el INYM que no habían tenido en la CRYM, y han conseguido sensibilizar al gobierno provincial actual en una política de limitar el capangüismo yerbatero tan vinculado al poder político tradicional de la región. En el mismo sentido ha operado la intervención del Gobierno nacional en materia normativa (Ley del Nuevo Estatuto del Peón Rural, Resoluciones de la Comisión Nacional del Trabajo Agrario), en los controles laborales (AFIP, Ministerio de Trabajo), así como en la determinación de precios sustentables para la materia prima (INYM, Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca).

Al cabo de cuatro siglos de economía yerbatera, toda la riqueza que produjo en la región estuvo asentada en el trabajo humano. Y más allá de las sublimaciones sociales con que las clases dominantes procuran embelesar el imaginario colectivo sobre sus empresas y fortunas, la mano de obra de los yerbales, por el tipo de trabajo, por la dificultad tecnológica de mecanización, por las paupérrimas condiciones de estos trabajadores que se repiten de generación a generación, estuvo siempre sometida a niveles de explotación superlativos.

La otra cara de esa barbarie es la dignidad para sobrellevar la lucha y el trabajo por parte de colonos y peones rurales, la decisión de resistir, de procurar en cada situación alternativas para enfrentar los abusos del poder económico y político. Esta lucha no es nueva. Se remonta 500 años atrás a los guaraníes que resistieron la dominación y la esclavitud, y se confunde hoy con la de los obreros rurales –los mensúes "posmodernos"– y las de las primeras, segundas, terceras y hasta cuarta generaciones de colonos, por hacer de la Provincia de Misiones aquella "tierra sin mal" a la que aspiraban los pueblos originarios, en la que la Yerba Mate es otra vez fuente de bienestar para todos sus habitantes.

